EL HIJO DEL ESTADO

CENTENARIO Y OLVIDO DE UNA NOVELA

Por Ma. Guadalupe García Barragán

Cumplió ya un siglo *El hijo del Estado*, segunda novela del muy culto y antaño conocido escritor y político mexicano, el doctor Hilarión Frías y Soto, la cual apareció por primera vez en las páginas del periódico liberal *El Diario del Hogar*.[1] También se publicó en libro en 1884,[2] habiendo sido ampliamente leída y discutida. Pero por razones inexplicables pasa al olvido aun en su centuria, y a Frías y Soto, casi tan olvidado como su novela mencionada, se le considera autor de una sola obra del género, *Vulcano* (1862),[3] y de cuadros costumbristas.

¿Por qué se relegó *El hijo del Estado* a un olvido tan completo? ¿Quién era Hilarión Frías y Soto? ¿Por qué sólo algunos especialistas de la historia y las letras mexicanas del siglo XIX le conocen?

El doctor Frías y Soto fue un personaje célebre, objeto de controversia en los círculos intelectuales, literarios, periodísticos y políticos del país por el radicalismo de sus opiniones. Nació en Querétaro en 1832, y a los quince años pasó a seguir estudios en la Ciudad de México, donde hizo una brillante carrera de medicina. Desde sus días de estudiante se lanzó al periodismo y comenzó a publicar sus obras literarias. Redactó el periódico *La Orquesta* y colaboró activamente en los principales órganos de la prensa liberal. Fue cofundador del Liceo Hidalgo y miembro distinguido de varias otras asociaciones de letras y ciencias; cultivó diversos géneros literarios entre los que pueden citarse la poesía y la crítica, además de la historia;[4] se deben asimismo a su pluma notables cuadros de costumbres que aparecieron en la prensa coetánea[5] y un drama muy aplaudido, sin contar sus dos novelas –*Vulcano* y *El hijo del Estado*–. Ocupó varios puestos en el gobierno de Querétaro, su estado natal, y repetidas veces fue diputado al Congreso de la Unión. Luchó briosamente con la pluma y la palabra a favor de la causa liberal, y tomó las armas contra el invasor durante la intervención francesa. En materia de religión era escéptico, jacobino apasionado y anticlerical. Orador elocuentísimo y fogoso, frecuentemente sacudió las cámaras con tesis tan atrevidas para su tiempo como la del divorcio.

Empero, puede decirse que ya desde fines del pasado siglo el nombre de Hilarión Frías y Soto, otrora tan renombrado, va paulatinamente cubriéndose con el polvo del olvido, y con él, su obra. En lo que toca a *El hijo del Estado*, desde la fecha de su publicación desaparece casi por completo de los anales y críticas de nuestras letras, con sólo dos relativas excepciones. Decimos relativas porque en ninguna se dan datos completos y suficientes para localizarla. La primera de ellas, una reseña escrita por don Ignacio Manuel Altamirano que data de 1882, sólo consigna el autor y el título de la novela de que tratamos, y así reza:

> Hilarión Frías y Soto, publicista elegante y original, no ha coleccionado aún sus numerosos artículos de costumbres, ni sus versos, y sólo ha publicado en tomos sus pequeñas novelas satíricas: *Vulcano* y *El hijo del Estado*.[6]

La segunda mención de la obra aparece siete años más tarde en *Breve noticia de los novelistas mexicanos*, de Luis González Obregón, publicada en 1889,[7] donde en forma escueta solamente figuran el título, el autor y el año 1882. Por último, en 1954, en el prólogo a la reedición de *Album fotográfico*, de Frías y Soto, Andrés Henestrosa[8] es el único investigador actual que incluye *El hijo del Estado* en la bibliografía del autor de la obra prologada, consignando los mismos datos que proporcionara I.M. Altamirano, que aquí mencionamos.

En 1966 y 1968 –respectivamente–, otros dos eruditos investigadores, John S. Brushwood, estadunidense, y el mexicano Luis Reyes de la Maza[9] analizan *Vulcano* sin mencionar para nada la obra que nos ocupa, aunque Reyes de la Maza cita las otras principales producciones del autor. Brushwood, quien es uno de los mejores especialistas de la narrativa del siglo XIX y muy en particular de la mexicana, escribe en *México in its Novel* –su libro de 1966–: "*Vulcano*, de Hilarión Frías y Soto, novela única de un periodista famosísimo"[10]

Este olvido casi absoluto es en verdad sorprendente y casi inexplicabe, porque la postrera novela de Frías y Soto debe haber escandalizado a incontables lectores, y aún pueden leerse en los periódicos contemporáneos algunos testimonios de su indignación provocados por dos cuadros de realismo naturalista, que describen a lo vivo el examen médico y el alumbramiento de Magdalena, una de las heroínas, que da a luz un hijo ilegítimo en la Casa de Maternidad. El primer comentario indignado aparece a los veintisiete días de haberse iniciado la publicación de *El hijo del Estado*:

> El señor Frías y Soto, el Naquet de México, ha comenzado a publicar en *El Diario del Hogar* una novela realista. Si

1. "Safir", *El hijo del Estado*, novela realista; aparece bisemanalmente en *El Diario del Hogar* –por lo general en la p.1, bajo el subtítulo "En Torno del Hogar", serie de crónicas de Frías y Soto–. Se halla firmada por "Safir", uno de los dos seudónimos usados por Frías y Soto; el otro es "El Portero del Liceo Hidalgo".

2. Hilarión Frías y Soto, *El hijo del Estado* (México: Tip. de *El Diario del Hogar*, Direc. Filomeno Mata, 1884). La venta de este libro se anuncia en las páginas de *El Diario del Hogar*, a partir del 11 sep., 1884 (a. III, núm. 310). Probablemente inhallable; no hemos podido localizar ningún ejemplar.

3. *Vulcano* novela realista por "Safir" (México: Tip. Literaria de F. Mata, 1882). Primero apareció en *La Orquesta*, de 2 abr. 3 may., 1862.

4. Para la bibliografía de Hilarión Frías y Soto, consúltense: pról. de Andrés Henestrosa a *Album fotográfico* de Hilarión Frías y Soto. México, INBA, 1954; también *El naturalismo en México, reseña y notas biobibliográficas*, de María Guadalupe García Barragán. México, Cuadernos del Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1979, pág. 21, nota 26.

5. *Album fotográfico*, de Hilarión Frías y Soto, aparece sin firma en *La Orquesta*, de 15 feb. a 9 may., 1868. Reimpreso en el siglo actual: *Album fotográfico*, Ed. pról. y notas de Andrés Henestrosa (México, INBA, 1954). Otra notable serie de cuadros de costumbres es la obra colectiva escrita con la colaboración de Frías y Soto, *Los mexicanos pintados por sí mismos*. Véase la ed. facsimilar: *Los mexicanos pintados por sí mismos* por Hilarión Frías y Soto, Niceto de Zamacois, Juan de Dios Arias, José María Rivera, Pantaleón Tovar, Ignacio Ramírez. Ed. facs. de la ed. de 1855 (México: Librería de Manuel Porrúa, 1974).

6. Ignacio Manuel Altamirano *La literatura nacional*. Revistas, ensayos, biografías y prólogos. Ed. y pról. de José Luis Martínez' Escritores mexicanos, 53 (México: Edit. Porrúa, 1949), vol. II, p.21

7. Luis González Obregón, *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX* (México: Tip.de O.R. Spínola y Cía, 1889), p. 49.

8. Andrés Henestrosa: bibliografía de Hilarión Frías y Soto incluída en su Prólogo a *Album fotográfico*, del propio Frías y Soto (reimpresión en libro, y en el Supl. de *Las Letras Patrias*, abr.–jun., 1954), como se especifica en la nota 4.

9. Luis Reyes de la Maza, "Una novela realista en el romanticismo. Estampas del siglo XIX", *El Sol de México*, México, 20 dic., 1968, Sec. 1, pp. 2, 6.

10. John S. Brushwood, *México in its Novel. A Nation's Search for Identity* (Austin: University of Texas Press, 1966), p. 90: "Of more importance is Hilarión Frías y Soto's *Vulcano*, the only novel of a very famous journalist". Edición de la misma obra en español: *México en la novela. Una nación en busca de su identidad*, Breviarios del Fondo de cultura Económica, 23 (México: FCE, 1973), p. 182.

el señor Frías y Soto sigue las huellas de Zolá, mal sentará en un diario del hogar su nueva producción.[11]

El 18 de diciembre del propio año, en *El Correo del Lunes* sale un acerbo artículo que critica al autor y su reciente obra:

> Imitó a Julio Simón y después a Emilio Zolá y a André Theuriet... Como buen discípulo superó a sus maestros en la desenvoltura del lenguaje. Publicó una novela en un diario de familias. Campea (sic) en ella la chispa y la mordacidad. Los primeros capítulos se digieren bien; pero al llegar a los últimos se necesita consultar a una comadrona. La escena representa a una señora que sufre los dolores de la maternidad... Todo entra en el género descriptivo... El médico que opera, las almohadas que se hunden, el angelito que chilla, las tenazas que oprimen, los dientes que rechinan... Suprimamos la tinta y escribamos con pus.[12]

Los pasajes a que se alude en las líneas citadas no son, como lo insinúa el articulista, ni de un verismo excesivo o escandaloso ni de un lenguaje demasiado libre, reproducen auténticas escenas y diálogos de hospital, pero logran hacerlo en forma muy hábil, porque siendo tan verdaderas o más aún que las de Emile Zolá, enfocan el alumbramiento de la protagonista desde un ángulo muy especial que pasa por alto los pormenores que pudieran ser demasiado brutales o escatológicos, que Zolá amplifica y presenta en primer plano en el parto de Adéle, en *Pot-Bouille*, y, sobre todo, en el de Louise, en *La joie de vivre*.[13] Diríase que Frías y Soto, como médico que era, lo hace con mayor naturalidad, con actitud científica e incluso con recato. En la única escena innecesariamente gráfica, Magdalena muestra el pecho desnudo al estremecerse sacudida por las terribles convulsiones de la eclampsia.

Si las escenas de los libros de Zolá a que nos referimos, en Francia levantaron

ámpula, podrá imaginarse el efecto de las de Frías y Soto en México –no obstante su relativa moderación–, donde menos se estaba preparado para tales asuntos y cuadros.

El hijo del Estado tiene tres heroínas, o más bien antiheroínas: la Viuda, Magdalena y Dolores. Los personajes masculinos son todos –con excepción del Licenciado– secundarios, aunque indispensables para el desarrollo de la trama, y aparecen más imprecisos y superficiales que las protagonistas. El argumento, enteramente folletinesco, puede resumirse así:

La Viuda, mujer amoral y perezosa, vive de una miserable pensión otorgada por el gobierno a los pretendidos méritos de su padre y de su esposo, ambos finados. A los seis años de viudez tiene una hija natural, Magdalena, quien se convertirá en una belleza extraordinaria. Es ésta casi una niña cuando su madre comercia con ella haciéndola concubina de un funcionario importante y rico, venal y de avanzada edad, Lord Millón, que pronto pierde su puesto y huye, dejando a Magdalena encinta y sin capital. Ella rehusa prostituirse cuando ya se han vendido cuantos bienes podían realizarse para su propia subsistencia, la de su madre y el Licenciado, amante de la última, no obstante sus instancias y los malos tratos de que la hacen víctima. Para colmo de desgracias, el Licenciado la codicia. Magdalena se marcha, y halla refugio en la Casa de Maternidad donde muere a poco de haber dado a luz un niño, Adán. La Viuda y el Licenciado lo recogen cuando su situación es algo mejor, y llevan consigo como nodriza del pequeño a Dolores, hermosa y humilde muchacha cuyo hijito había fallecido en la Maternidad. El Licenciado también trata de seducir a Dolores, la cual escapa, aunque sintiendo mucho dejar a Adán, a quien quiere como si fuera suyo. Pero ya la espera con impaciencia el Pagador, amante rendido que la instala en una casa, la adora y la colma de lujos y obsequios. Ella lo engaña con el Príncipe ruso, uno de los íntimos amigos de aquél. El sobrenombre de *Príncipe ruso* se aplicaba por entonces a los barbilindos, llamados igualmente *petimetres* o *lagartijos*.

Entretanto, agobiada de nuevo por la miseria y por el alcoholismo –vicio que había aprendido de su amante–, la Viuda muere abrasada por "combustión espontánea". El Licenciado deposita a Adán en el Hospicio. Dolores localiza al niño, que ya tiene cinco años, y convence al Pagador para que le permita llevárselo a vivir a su lado. Este, que malversaba fondos de su importante puesto, ve descubiertos sus hurtos y tiene que huir. El Príncipe ruso también desaparece, y "Adán a su vez se hundió con Dolores en esa sombra aterradora de lo desconocido que se llama futuro". Con estas palabras concluye la novela.

Nótese que con excepción de Adán, Magdalena y Dolores, los personajes de *El hijo del Estado* carecen de nombre y apellido y se les designa por medio de un apodo o nombre genérico representativo del tipo que simbolizan, y que conviene a todos los de su especie. Sólo las figuras de la historia pasada o contemporánea, en su mayoría médicos, eclesiásticos y gobernantes, figuran con su nombre real y completo.

El hijo del Estado es ante todo una obra de crítica política y social, que censura en primer lugar la organización, el funcionamiento y manejo de las instituciones de beneficencia del Estado y a sus funcionarios, así como la educación femenina inútil y superflua, que no prepara a la mujer para ganarse honestamente la vida; de paso señala entre otras cosas, las causas de la caída de la que pertenece a la clase humilde. Casi nadie ni nada escapa a la fustigante ironía del autor, siendo el catolicismo y el clero algunos de sus blancos favoritos. Pero también elogia sin reservas a quienes juzga dignos de alabanza, haciendo entonces caso omiso de su credo o partido. Al narrar la fundación del Hospicio de Pobres y del Departamento de Maternidad e Infancia anexo al mismo, encomia la auténtica caridad y el espíritu

11. *El Nacional*, a. III, núm. 336 (México), 29 ago. 1882, p.2.
12. "Siluetas de Tinta Azul. Hilarión Frías y Soto (artículo probablemente escrito por el director Adolfo Carrillo), *El Correo del Lunes*, t. I, n. 46 (México), 18 dic., 1882, p. 2.
13. Emile Zolá, *Pot-Bouille*, cap. XVIII. *Les Rougon Macquart. Histoire naturelle et sociale d'une famille sous le Second Empire*. Vol. III. Bibliotheque de la Pléiade (Paris: Editions Fasquelle et Gallimard, 1964), pp. 366–372. *La joie de vivre*, cap. X. *Ibidem*, pp. 1077–1100.

humanitario del sacerdote que en 1760 decide crear dichas instituciones, don Fernandeo Ortiz Cortés, Chantre de la Catedral de México, y las cualidades similares de su albacea, el cual "tan noble y tan digno como el testador" ejecuta y concluye la obra iniciada por "el buen chantre".[14] Frías y Soto consigna y enaltece con la misma imparcialidad las sumas considerables con las que el Arzobispo de Haro y Peralta, y demás personajes del alto clero de la muy Noble y Leal Ciudad de México, contribuyen– de su propio peculio– durante el último tercio del siglo XVIII al mantenimiento de las instituciones mencionadas.

El autor, siempre liberal y anti-imperialista, y que –como ya dijimos– luchó en el campo de batalla contra el segundo imperio mexicano, al relatar cómo el mencionado Departamento de Maternidad y Hospicio había llegado a desaparecer, quizá por las constantes guerras, da testimonio de la filantrópica generosidad de la ex-emperatriz de México en estos términos:

> Carlota, la hija de Leopoldo, la esposa de Maximiliano... fue la que restauró la Casa de Maternidad, consagrando a esta obra la enérgica impulsión de su indomable carácter...
>
> La guerra de la segunda Independencia llegaba... Dos regias cabezas desaparecieron en aquella tromba de sangre. Maximiliano cayó en el Cerro de las Campanas, herido de muerte por las balas republicanas; Carlota hundió su frente sin corona en esa niebla insondable de la locura, donde se perdió para siempre.
>
> Y sin embargo, un día que un relámpago de razón alumbró por un momento las sienes de la pobre loca, no recordó más que el Hospital que había fundado en su imperio perdido en México, y le envió un donativo espléndido. (2a. parte, cap. III, en *El Diario del Hogar,* 25 ago., 1882)

El hijo del Estado no es por cierto una obra maestra en el género, y tanto o más que los aciertos abundan en ella las fallas, como el abuso de la prédica y las digresiones, lo desmedido del tono y del vocabulario, que extrema los colores sombríos en la pintura de los tipos negativos y las escenas pavorosas, prodigando los superlativos al describir la beldad excepcional de las heroínas jóvenes. Si las flaqezas enumeradas son comunes a la mayoría de las novelas de aquel tiempo tanto por lo relativamente nuevo de tal género literario en Hispanoamérica como por la sensibilidad y los gustos imperantes, *El hijo del Estado* posee también cualidades y méritos, algunos singulares: hay en sus páginas pasajes elegantes, bellos, sobrios; sobre todo, además de combinar atributos de la novela realista con los del persistente romanticismo mexicano, acusa rasgos naturalistas y ve la luz aun año de que el naturalismo francés se manifiesta en España con *La desheredada*, de Pérez Galdós, editada en 1881, que es el mismo año de la publicación de la primera novela hispanoamericana de igual tendencia literaria, *Pot-Pourri,* del argentino de origen francés Eugenio Cambaceres.

Esta obra de Frías y Soto no sólo acusa varias características naturalistas –como el afán pedagógico, el uso de términos científicos, la recreación pormenorizada y convincente de la realidad–, sino que asimismo trata asuntos y hechos que el propio Emile Zolá desarrolla simultánea o ulteriormente, como el ya mencionado del alumbramiento en *La joie de vivre* (1885) y en *Pot-Bouille*, que por primera vez puede

14. *El hijo del Estado,* 2a. pte., cap. VII. *El Diario del Hogar,* t. I, núm. 278 (México), 29 ago., 1882, p. 2, col. 4.

era

Fernando Benítez

LOS INDIOS DE MÉXICO

Tomo 1:
Tierra incógnita
Los tarahumaras / Los tzotziles
Los tzeltales / Los mixtecos
Tomo 2:
Los huicholes
Tomo 3:
Los coras / Los mazatecos
Tomo 4:
Los otomíes / Los mayas
Tomo 5:
Los tepehuanes / Los nahuas

EDICIONES ERA ■ AVENA 102 ■ 09810 MÉXICO, D.F.
MÉXICO, D. F. ☎ 581 77 44 | GUADALAJARA, JAL. ☎ 14 90 48 | MONTERREY, N.L. ☎ 42 08 12

Vuelta 119
REVISTA MENSUAL/AÑO X/OCTUBRE 1986/700 PESOS

Octavio Paz
OCULTACION Y DESCUBRIMIENTO DE
JOSE CLEMENTE OROZCO

Generaciones y partidos en la política mexicana

Comentarios sobre Vargas Llosa, Faulkner, Carpentier, Pasolini, Osip y Nadezdha Mandelstam

leerse en folletín en abril de 1882,[15] sólo cuatro meses antes de que *El hijo del Estado,* apareciese en *El Diario del Hogar*, cuando su autor no leía aún la obra francesa.[16] Pero más notable es la coincidencia de la muerte por "combustión espontánea" de La Viuda en *El hijo del Estado*, y la del tío Macquart, alcohólico como el personaje mencionado de Frías y Soto, que también termina sus días abrasado por combustión espontánea en *Le Docteur Pascal,*[17] última de las novelas experimentales de Zolá de la serie de *Les Rougon–Macquart,* que se publica en 1893, ocho años después que la de Frías y Soto.

¿Por qué no se exhuman y editan *Vulcano* y *El hijo del Estado?* En varias ocasiones se han reimpreso las novelas de su contemporáneo Juan A. Mateos, no obstante su muy discutible mérito artístico y su gran extensión. Las de Frías y Soto, además de presentar quizás menos fallas que las de Mateos, son bastante breves, poseen mayor interés y originalidad, y ambas podrían integrar un solo volumen de modestas dimensiones.

Después de señalar los caracteres del realismo de *Vulcano* de Frías y Soto, en su artículo "Una novela realista en el romanticismo", al que aludimos al principio del presente texto, el investigador mexicano Luis Reyes de la Maza termina con unas palabras que de manera muy especial pueden aplicarse a *El hijo del Estado*: "¿No es una novela adelantada a su época? Allí, justamente, reside su interés. Ojalá algún crítico literario estudiase a fondo la producción de este curioso y valiente escritor queretano, don Hilarión Frías y Soto".[18]

Concluyamos reiterando el voto de Reyes de la Maza, pero haciéndolo extensivo, muy especialmente, a *El hijo del Estado.* ◇

15. *Pot-Bouille* aparece en folletín en París, de enero a abril de 1882, y en el mismo mes y año es editada en libro, según datos del estudio de Henri Mitterrand, que acompaña la edición consultada, pág. 1599.

16. En una de las múltiples digresiones de *El hijo del Estado,* al comentar el horror que causara a la cronista "Titania" (Fanny Natali de Testa, colaboradora de *El Diario del Hogar*) la descripción de un parto en una novela de Zolá –por la fecha sabemos que se refiere a *Pot-Bouille*–, Frías y Soto asegura no haber leído todavía ninguna de las novelas del Maestro de Medán. Véase *El Diario del Hogar*, t. I, núm. 278 (México), 29 ago., 1882, p. 2, c. 2.

17. Emile Zolá, *Le Docteur Pascal. Les Rougon-Macquart. Histoire naturelle et sociale d'une famille sous le Second Empire.* Bibliotheque de la Pléiade (Paris, Ed. Fasquelle et Gallimard, 1967), vol. V, cap. IX, pp. 1092-1097.

18. Luis Reyes de la Maza, "Estampas del Siglo XIX: Una novela realista en el romanticismo", *El Sol de México,* 20 dic., 1968, sec. 1, pp. 2, 6.

ARS BREVIS

LA SEDUCCIÓN DE LA MÁSCARA

Por Lizbeth Sagols Sales

"...el hombre sólo se da por entero cuando juega..."
Schiller

Juego y máscara se implican mutuamente. Cada vez que queremos ser sutiles, cada vez que sentimos la necesidad de protegernos de las inclemencias de la superficialidad humana, sabemos que la mejor forma de hablar es el juego. Y quien en verdad sabe jugar inventa sus propios disfraces, ironiza y nos conduce a una profundidad encubierta por la máscara.

En *Ars Brevis,* Ramón Xirau se ocupa, entre otros muchos temas, del significado del juego en la vida humana. Sin embargo, la fascinación del libro no reside propiamente en esto, sino en la manera como el autor juega con nosotros. Xirau –lo sabemos desde hace mucho; desde 1953, año en que publica *Sentido de la presencia*– es un pensador a quien le preocupa más la vida que los problemas abstractos. Sus grandes temas han sido la filosofía, la poesía y la mística; su búsqueda incansable la sabiduría. Por todo ello, Xirau sabe manejar las máscaras y conoce los raptos del juego, pues ¿cómo hablar de las cosas que realmente importan si no es de manera encubierta?

En *Ars Brevis,* el autor no abandona el estilo filosófico de pensar que caracteriza todos sus textos. Nada más que aquí, Xirau juega con quien lo lee: la continuidad de reflexiones profundas es interrumpida, a veces, para recomendarnos un libro, otras veces para hacernos una pregunta demasiado directa, y en otras ocasiones para introducir intempestivamente, un recuerdo, un comentario personal, una súplica irónica. También está presente aquí un juego entre el rigor y la intuición, el decir y el sugerir, la brevedad y la lucidez, y entre todo aquello que tiene que ver con el imaginar y el inventar. El autor juega con los problemas teóricos, los invierte e inventa palabras para mostrar esta inversión. Así, Xirau nos propone de pronto la palabra "descondición" para calificar a la libertad: condición expresada de manera negativa con el objeto de hacer énfasis en el carácter indeterminado que posee todo lo libre. Por otra parte, como en todos los otros textos del autor, está presente en este libro el juego de la duda: juego del desdoblamiento de múltiples realidades en el que todo aparece con dos caras, en el que todo es dual y paradójico. Pues para Xirau, la paradoja es –como lo era para Kierkegaard– el "*pathos* del pensamiento": pensar consiste en advertir los polos opuestos que mantienen la realidad en tensión. De acuerdo con esto, se nos invita a pensar (entre otras muchas cosas) que el tiempo histórico posee tanto una dirección lineal, como una dirección circular; que la memoria siempre implica invención; que el presente implica a la vez el pasado y el futuro; y que todo progreso requiere una asunción de las tradiciones.

Una gran cantidad de artículos (muchos de los cuales fueron publicados con anterioridad en diferentes revistas) está reunida en *Ars Brevis.* Las partes en que se divide el libro son cinco: I Filosofía y mística, II Historia, III Letras, Artes, Crítica, IV Política, V Viaje y dos ciudades. Los temas a tratar son todos los posibles: desde el pensamiento del maestro Eckhart y la importancia de la memoria para la real comprensión del presente, hasta Polonia y los medios masivos de comunicación, pasando por los problemas actuales de nuestro Distrito Federal y por el problema del mal y el infierno. Fácilmente podemos pensar que se trata de un texto caótico. Sin embargo, a medida que avanzamos en la lectura, nos damos cuenta de que el libro contiene una unidad, sólo que